

MEDITACION SOBRE  
EL SILENCIO

“NO me explico en lo absoluto —comentaba un airado espectador que asistía con nosotros al concierto de I Musici en Bellas Artes— el porqué del coro de toses con que el público recibe el final de cada movimiento. A nadie se le ocurre toser en los intermedios, o durante el curso de la ejecución; pero basta que termine un adagio y se anuncie el subsecuente allegro, para que todo el mundo se crea obligado a dar estrepitosas muestras de su propia garganta.” Desde entonces nosotros hemos meditado largamente en busca de alguna explicación, y al cabo hemos llegado a una que nos parece satisfactoria. En efecto, dejando aparte la hipótesis de un contagio nervioso —hipótesis atractiva, pero demasiado superficial— el hecho probable es este: el público medio de conciertos juzga que los silencios que separan un movimiento musical de otro tienen precisamente la misión de propiciar cierto género de desahogos inhibidos por el disfrute de la música, y como es natural, estima de justicia el aprovechar tales treguas en la forma que



supone más adecuada. Sólo una minoría, a la cual pertenece sin duda aquel simbólico iracundo espectador, ha logrado convencerse del valor musical del silencio, y de que una pausa —pequeña o grande— intercalada en una partitura traduce la clara intención del compositor (o de los intérpretes en su caso) de que esa misma pausa sea respetada e integrada en el cuerpo de la obra. Se trata, pues, a nuestro juicio, de una simple laguna en la educación estética de los auditores mayoritarios, y al respecto sugerimos para llenarla, no tanto la ira (legítima en principio) de la minoría, sino una concienzuda campaña de alfabetización musical, cuyo desempeño dejamos a la inteligencia y discreción de nuestros lectores interesados.

LA FERIA  
DE  
LOS DIAS

## MAYORES TINIEBLAS

EL público de cine es también digno de estudio, y mucho más característico de nuestro tiempo. Reducido a mayores tinieblas, sus reacciones se entregan generalmente al desenfreno. Menos cultivado, sus testimonios no se limitan al mero ejercicio marginal, sino que adquieren con frecuencia proporciones de verdadera participación en el espectáculo. Y así sobrevienen aplausos repentinos, murmullos de terror, gritos de burla, silbidos o gruñidos de voluptuosidad. Por desgracia tan elemental configuración psicológica implica en quienes la asumen un criterio que no siempre coincide con el del aficionado inteligente. Este quisiera, sí, que los demás protestaran contra la epidemia de cinemascope, glamoroso technicolor, burda propaganda, falso sentimentalismo pasteurizado y nocivas convenciones, que Hollywood inflige a sus víctimas



universales; pero no puede menos de indignarse cuando la oscura masa anónima dedica, como suele, sus energías a la incomprensión majadera de lo poco valioso que nos obsequia el reino del cieloide.

## PUEBLO AMARGO

LA otra noche, mientras caminábamos a lo largo del humilde río humano que cursa sin descanso el barrio de Santa María la Redonda, nos acometió el antojo de asomarnos por un instante a una de las carpas allí situadas. Y así lo hicimos, literalmente. Nos asomamos nada más que un segundo. Lo suficiente para aspirar esa atmósfera increíble, mitad grotesca, mitad pueril; para examinar de una premiosa ojeada aquella gente (hombres, mujeres; niños, maduros, viejos) que seguían con rendida atención los gestos y dichos, lúgubres y harapientos como sus autores, de dos o tres vagos personajes “cómicos”. Lo bastante para sospechar nuestros burgueses deseos de evadirnos prontamente, y para recordar, sin embargo, que en recintos semejantes habían vivido jornadas de gloria algunos auténticos artistas



del pueblo, que después han preferido, a continuar siéndolo, los senderos, menos nobles pero más jugosos, de la comercialización adocenada, de la esterilidad fructífera. Todo eso advertimos en el espacio de aquel breve segundo. Ahora, ya digeridas en cuanto cabe nuestras impresiones, podríamos coronarlas con rotundas filosofías: proclamar la decadencia del teatro popular, o al contrario, apoyarnos en la vigencia del mismo (así sea en los términos amargos que presenciemos) para pedir sobre su espíritu original la conversión de nuestros dramaturgos y empresarios mayores a las necesidades y gustos del pueblo. Mas la fatiga, la pereza, y quizá también un secreto afán de quedarnos con la desnuda elocuencia de la primera imagen, nos deciden a callar en este momento.